

CAPÍTULO VII.

LOS EVANGELIOS.

“Es evidente que los Evangelios son en parte legendarios, dice M. Renan, puesto que en ellos abunda lo sobrenatural¹ y que lo sobrenatural es imposible.”²

Tenemos ya derecho de retorcer el argumento, diciendo: Eso no es evidente, puesto que se ostenta lo sobrenatural en las profecías, y en su consecuencia, este es real y posible.

Además, reconocemos que no se resuelve con esto solo la cuestion, sino que resta que examinar si es verdadero lo sobrenatural de los Evangelios; y si estos son históricos.

Esta es una cuestion de autenticidad y de credibilidad como cualquiera otra de esta clase, y que debe tratarse con razones que le sean propias:

M. Renan no produce ninguna de estas razones en contra, y nos gratifica con sus confesiones sobre la autenticidad de los Evangelios:

Esto es lo que vamos á demostrar, procediendo siempre á consignar y justificar, con respecto á él estos dos puntos: valor de sus confesiones ó reconocimientos; pobreza de sus esplicaciones:

I.

Las confesiones ó reconocimientos de M. Renan sobre los Evangelios, asi como sobre las profecías, inauguran una nueva era para la polémica cristiana. Confiada la incredulidad en la debilidad de la razon de este tiempo, fuerte en particular con su famoso principio de la imposibilidad de lo sobrenatural, ha crei-

¹ Introduccion, p. 15.

² *Passim*.

do poder ser impunemente sincera en sus confesiones, lisonjeándose de rescatarlas con sus esplicaciones.

Era, por otra parte, necesario que ella misma se condenase, obligada á ello por los grandes trabajos de la apologética cristiana. Y en efecto:

Jamás se ha cuestionado antes del último siglo sobre la autenticidad de los Evangelios; jamás han suscitado los mas encarnizados enemigos del Cristianismo, en la época, no obstante en que era mas fácil de desenmascarar el fraude histórico, la mas ligera sospecha contra esta autenticidad; jamás imaginaron Juliano, Celso, Porfirio, los heréticos; los judíos vigilantes celosos é investigadores incesantes de todo cuanto podia desacreditar estos títulos de nuestra fe, poner éstos en duda. Han discutido el carácter ó la influencia de los hechos, pero no su existencia y su narracion, y aun han llegado á formarse con ellos un arma contra nosotros. “Se halla tan justificada la autoridad de nuestros Evangelios, decia San Ireneo en el segundo siglo, que los mismos herejes les rinden testimonio. Es pues bien verdadera nuestra doctrina, puesto que está apoyada en los libros que nuestros mismos adversarios confirman, reconociéndolos y confesándolos.”¹

Ha habido desde que se escribieron los Evangelios, dos tradiciones, y si es licito hablar asi, dos comprobantes ó registros que han asegurado su autenticidad original y su constante integridad, con tanta mas certeza, cuanto que estos dos comprobantes ó registros, enemigos mútuos, se comprobaban ó registraban ellos mismos recíprocamente, formando así una garantía humanamente infalible, puesto que lo era en razon misma de la oposicion de sus elementos. Estos dos registros son: el de la fe y el de la impiedad. La tradicion cristiana, tradicion pública en los fieles y vigilante en sus pastores; ofreciendo por esto ella misma una doble garantía, se ha hecho cargo de los Evangelios desde su redaccion. Nos los muestra bajo la pluma, en cierto modo, de los Evangelistas é inmediatamente sirviendo de lectura y de testimonio en las congregaciones de los fieles y en los escritos de los confesores, sin que haya habido el menor intervalo de tiempo para que pudiera formarse sobre ellos la leyenda. Al mismo tiempo, los herejes, los judíos y los filósofos comienzan, ó mas bien continúan aquella guerra que comenzó en torno mismo de JESUCRISTO, y al fuego de la cual se escribieron

¹ San Ireneo, lib. III, c. II, v. 7.

los Evangelios. Vigilan sobre su autenticidad y su felicidad histórica, y éstas son tan evidentes que se atreven ellos á todo, pero sin que les ocurra negarlas. Los cuatro Evangelios llegan á ser el documento comun, el terreno del combate. Así, no ha cesado de darse traslado, de comunicarse *estas probanzas, este protocolo de la parte adversa*, desde el origen del proceso, á todos los *adversarios* que figuran en él contra nosotros. Lo han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándoles á discutirlo oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para la defensa ó el ataque; han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrilegas. ¿Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, se nos había de redargüir de falso este protocolo, estas probanzas, que han manoseado sus propias manos durante diez y ocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones, y manchado con el veneno de la impiedad? Esto no sería *admissible*, jamás lo ha sido, puesto que nunca se les han ocultado las Escrituras, que éstas se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían.

Sin embargo, en el último siglo, se emprendió á favor del tiempo trascurrido y de la prevención de oscuridad que siempre se atribuye á los orígenes de las cosas, el levantar nubes sobre la autenticidad de los Evangelios. Propúsose por primera vez esta cuestion, y fué objeto de grandes trabajos que han terminado en Strauss, como la espresion mas avanzada de la crítica enemiga. Pero Strauss retrocede ya voluntariamente en la tercera edición de su *Vida de Jesus*,¹ en que declara haberse aminorado con un nuevo estudio el valor de sus dudas contra la autenticidad de San Juan, y sobre el valor que merece, reconociendo tambien ser igualmente documento digno de fe una epistola de San Pablo, redactada treinta años despues de la resurreccion, en presencia de testigos que aun vivían. Igual confesion hizo el doctor de Wette, en su *comentario de San Juan*. Este fue el principio de la reaccion contra la sorpresa que causó á la fe de los siglos una erudicion falsa. Levantáronse defensores de la verdad en Alemania, donde se habia concentrado el ataque, y completando sus grandes trabajos los que habian aparecido

1 Prólogo de la 3ª edición, y seccion III, c. IV, § 36.

anteriormente en Inglaterra, hicieron arrepentir para siempre á la incredulidad de su tentativa. La autenticidad de los Evangelios que habia sido hasta entonces del simple dominio de la tradicion, como hemos demostrado arriba, pasó en adelante al de la ciencia; y el Cristianismo se enriqueció una vez mas, con los ataques de sus enemigos.

Hoy se halla agotada esta cuestion; pero estaba reservado á M. Renan consentir la sentencia y enterrar á Strauss.

Veamos cómo.

En primer lugar, es una observacion juiciosísima la que se escapa de su pluma al fin de su libro, al decir que, "por una rara singularidad de la historia, vemos mucho mejor lo que pasó en "el mundo cristiano desde el año 50 al año 75, que en tiempos "menos remotos."¹

El beneficio de esta observacion se aplica casi esclusivamente á los escritos del Nuevo Testamento, y mas particularmente á los Evangelios. Hay en ellos, en efecto, un carácter que distingue la historia del Cristianismo de todas las demás historias. En todos los orígenes de estas se nota oscuridad, al paso que ilumina la cuna de aquella la luz mas clara y viva; porque el héroe mismo de esta historia, es la luz con que lo ilumina todo á su alrededor, y con que aparecen deslumbradoras las páginas de su Evangelio. Toda historia parece pálida al lado de este luminoso carácter, *y se hallan ménos justificados los hechos de Sócrates de que nadie duda, que los de Jesucristo.*² De manera, que como dice muy bien Schelling: "Desde el punto de vista "mismo de la filosofia, el Cristianismo es no solamente una pura "concepcion de la inteligencia, sino que es otra cosa además, es "un hecho y el mas grande de todos, y este hecho tiene por cen"tro la persona de Cristo, el Cristo tal como nos lo ha represen"tado el Evangelio."³

En esto se separa M. Renan de Strauss, quien solo ve en Jesus un ideal teológico y legendario: "Háse equivocado M. "Strauss, dice, en su teoria sobre la redaccion de los Evan"gelios, y su obra tiene, en mi juicio, el defecto de apoyarse de"masiado en el terreno teológico, y muy poco en el terreno his"tórico."⁴ Sin embargo, M. Renan, cree deber suyo disculpar

1 *Vida de Jesus*, introduccion, p. VI.

2 Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

3 *Discurso de apertura*, Berlin. *Revista Indep.* de 1º de Mayo de 1842.

4 *Vida de Jesus*, introduccion, p. 8.

á Strauss, en una nota al pié de la página, de haber negado la existencia de Jesús, y llama estraña y absurda calumnia esta opinion que se tiene generalmente de su sistema. Es verdad, en efecto, que reconoce Strauss que existió un Cristo cualquiera; pero tambien lo es que niega la existencia de Cristo, *tal como nos lo representa el Evangelio* y que forma de él un fantasma puramente legendario, y esto es lo que es *estraño y absurdo*. Estaba reservado, no obstante, á M. Renan, proceder peor todavía; porque por lo menos Strauss respetó y admiró en este fantasma legendario de Jesús el ideal evangélico; pero M. Renan ha sustituido á él el fantasma de su impiedad. Solamente ha querido darle una base histórica, aprovechándose para ello de las mismas confesiones que le arrancaba la necesidad.

Y en efecto, el terreno evangélico es segun confesion suya, un terreno histórico: "Gracias á los laudables trabajos de que ha sido objeto esta cuestion desde hace treinta años, un problema que se juzgó en otro tiempo inaccesible ha obtenido una solucion, que si bien es cierto que se presta aún á muchas incertidumbres, (preciso es dejar pasar por ahora á M. Renan esta reserva que en breve apreciaremos), *satisface plenamente las necesidades de la historia.*"¹

Y en primer lugar, "si son los Evangelios de las personas cuyos nombres llevan, sin dejar de ser legendarios (por la única razon ya dicha de ser imposible lo sobrenatural), tienen un gran valor; puesto que nos hacen ascender al medio siglo que siguió á la muerte de Jesús, y aun, en dos casos, á los testigos oculares de sus acciones."²

"Desde luego no es casi posible dudar respecto de San Lucas, puesto que su Evangelio es una composicion regular *fundada en documentos anteriores*. El autor de este Evangelio es *ciertamente* el mismo que el de los Actos de los Apóstoles. "Ahora bien, el autor de los Actos es un compañero de San Pablo, titulo que conviene perfectamente á San Lucas." M. Renan asigna aquí á San Lucas una fecha posterior al sitio de Jerusalem, por la única razon ya apreciada y que él mismo viene á reconocer, de la claridad de la profecía de Jesús sobre esta ciudad. "Aquí nos hallamos, continúa, en un *terreno sólido*, "porque se trata de una obra escrita enteramente *de la misma mano y con la mas perfecta unidad* ó trabazon."³

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. 16.

2 *Ibid.*, p. 16.

3 *Vida de Jesús*, introduccion, pág. 16.

"Aquí reconocemos á un biógrafo del siglo primero, á un artista divino, que independientemente de las *noticias que adquirió en las fuentes mas antiguas*, nos muestra el carácter del fundador con rasgos tan felices, con tal inspiracion en todo, "y tan de relieve, cual no se encuentra en los otros sinópticos."¹

"Y en efecto, los Evangelios de Mateo y de Márcos, no tienen casi ni con mucho el mismo sello de individualidad. Son composiciones impersonales, en que desaparece enteramente su autor, puesto que no significa gran cosa su nombre propio en esta clase de obras, (contradiccion flagrante con lo que acaba de decir en algunas lineas mas arriba). Pero si tiene fecha el Evangelio de Lucas, *tambien la tienen los de Mateo y Márcos*, porque *no hay duda* que el tercer Evangelio es posterior á los dos primeros"² y que en su consecuencia, estos son de la primera generacion.

En cuanto á su valor, se eleva de la inferioridad en que acaba de ponerlos M. Renan con relacion á San Lucas. "Mateo merece en efecto, *evidentemente*, una confianza *extraordinaria* por sus discursos: aquí están los *Logia*, las notas mismas tomadas segun el *vivo y claro recuerdo* de la enseñanza de Jesucristo. Una especie de resplandor suave y terrible á un tiempo mismo, una fuerza divina, si es licito hablar así, subraya estas palabras; las desprende del contesto y las hace fácilmente perceptibles al crítico. La persona que quiera hacer, con la historia evangélica una composicion ajustada á las reglas, posee en este evangelio *una excelente piedra de toque*. En él se descubren por sí mismas, por decirlo así, las palabras de Jesús: siénteseles vibrar, no bien se las toca, (en este caos de tradiciones de una autenticidad desigual);³ tradúcese espontáneamente, y vienen por sí mismas á colocarse en el relato, en que conservan un sin igual relieve."

San Márcos tiene distinto valor, pero no menos importante; porque aventaja á San Mateo en la narracion, tanto como le es inferior en los discursos. La parte narrativa no tiene en efecto segun M. Renan, en San Mateo, la misma autoridad que los discursos, encontrándose en ella muchas leyendas de contorno bastante flojo ó indeterminado formadas por la piedad de la segunda generacion cristiana. (En breve investigaremos las razo-

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. 42.

2 *Ibid.*, *ibid.* p. 18.

3 Ponemos entre paréntesis los pasajes, objeto de nuestras reservas en las citas.

nes que debe dar sin duda M. Renan en apoyo de esta grave opinion). Pero "el Evangelio de Márcos es mucho mas firme, "mas preciso (ménos cargado de fábulas tardíamente insertas); "es el mas antiguo de los tres sinópticos, el mas original (el á "que se le han agregado menos elementos posteriores). Los "pormenores materiales tienen en Márcos una *lucidez* que en "vano se buscaria en los otros Evangelistas. Abunda en obser- "vaciones minuciosas, *provenientes, sin duda ninguna, de al- "gun testigo ocular*. Nada se opone á que este testigo ocular, "que *siguió evidentemente á Jesus*, que le amó y *contempló "muy de cerca*, que conservó *una viva imágen suya*, no sea el "mismo apóstol Pedro, como quiere Papias."¹

Cada uno de los tres primeros Evangelios le recomienda tam- bien á un alto grado de autenticidad y credibilidad por caracte- res diferentes, cuya reparticion ó aplicacion negamos, por su- puesto, pero que admitimos por la confesion que encierran.

Queda el cuarto, el de San Juan; M. Renan se halla anima- do contra él, de las mas desfavorables disposiciones; lo cual se concibe, si se advierte, que este Evangelio está compuesto mas particularmente en contra suya; puesto que lo fué contra los que negaban la divinidad de Jesucristo. Así es que M. Renan principia suscitando dudas sobre la autenticidad de este Evan- gelio, y despreciándolo con cierto aire falso de crítica escrupu- losa é imparcial. "Todo esto es grave, concluye, y por mi parte "no me atrevo á persuadirme de que haya sido escrito el cuarto "Evangelio enteramente de pluma de un antiguo pescador ga- "lileo." Hé aquí lo mas fuerte de la crítica contra San Juan. Pero esta crítica no puede sostenerse, viéndose obligado M. Renan por la verdad manifestada en los trabajos de que esta cuestion ha sido objeto, á hacer esta primera confesion.

"Pero en suma, dice en seguida, que este Evangelio salió á "fines del siglo primero de la grande escuela del Asia Menor, "que se referia á Juan y que nos representa una version de la "vida del maestro *digna de tomarse en alta consideracion*, y "de ser preferida con frecuencia; esto se halla *demonstrado* por "los testimonios exteriores, y por el examen del documento mis- "mo, de una *manera que nada deja que desear*."

Desenvolviendo esta primera confesion, hace otra M. Renan, á saber: que el Evangelio, es necesariamente de San Juan mis- mo. No puede abogarse mejor contra sí; hasta tal punto le impele y le domina la verdad.

¹ *Vida de Jesus*, introduccion, p. XXXVII-XXXIX.

"Y desde luego, continúa, nadie duda que existiera el cuarto "Evangelio hácia el año 150 y que se atribuyera á Juan. Tes- "tos formales de San Justino, de Atenagoras, de Taciano, de "Teófilo de Antioquia, de Ireneo, nos muestran citado este "Evangelio desde entonces, en toda clase de controversias y sir- "viendo de piedra angular al desarrollo del dogma. Ireneo es "formal: ahora bien, Ireneo salia de la escuela de Juan, no ha- "biéndose interpuesto entre él y el apóstol mas que Policarpo. "No es menos decisivo el papel que representó nuestro Evan- "gelio en el guosticismo, y particularmente en el sistema de Va- "lentino, en el montanismo y en la querrela de los Quatorzeci- "manos. La escuela de Juan, es pues, la escuela cuya continua- "cion, se advierte mas durante el último siglo, y esta escuela no "tiene explicacion, si no se coloca el cuarto Evangelio *en su "misma cuna*. Añadamos á esto, que la primera epistola atri- "buida á San Juan es *ciertamente* del mismo autor que el cuar- "to Evangelio; y esta epistola se halla reconocida como de Juan "por Policarpo, Papias é Ireneo.—Pero sobre todo lo que pro- "duce mayor impresion es la lectura de la obra. El autor ha- "bla en ella siempre como testigo ocular, y quiere que se le ten- "ga por el apóstol Juan. Si pues no es esta obra realmente del "apóstol, es preciso admitir una supercheria que se confesaba "asimismo su autor y no hay en el mundo apostólico ejemplo "alguno de una falsificacion de esta clase, no obstante que las "ideas de la época respecto á buena fe literaria, difiriesen esen- "cialmente de las nuestras."¹

Hé aquí, en mi juicio, razones bastante fuertes para deducir que el cuarto Evangelio es de San Juan, de ese gran testigo que refiere lo que *vió*, lo que *oyó*, lo que *tocó* del Verbo de Vi- da. No obstante, M. Renan no se contenta con estas razones sólidas, y como para hacérselas perdonar, agrega otras fútiles deducidas de reconocerse al apóstol de la caridad, en este Evan- gelio, en cierta vanidad y rivalidad celosa que le preocupaba contra San Pedro (¡él, que precisamente es el único Evangelista que refiere la investidura del primado hecha á San Pedro, como testimonio de su *amor á Jesus superior* al de todos los demás apóstoles!).²

La consecuencia inevitable, al parecer, de todo lo que prece- de, sobre que es indudablemente de San Juan el cuarto Evan-

¹ *Vida de Jesus*, introduccion, p. XXXV-XXXVII.

² San Juan, cap. XXI, 15.

gelo, experimenta, no obstante, una gran dificultad en salir de la pluma de M. Renan, quien no puede perdonar á este Evangelio el tono místico de los discursos que en él pronuncia Jesús ó de que es objeto sobre su filiacion divina y su encarnacion humana; y hace de ello un cargo á San Juan. De aquí el trabajo que le cuesta confesar su autenticidad, y que llega hasta el ridículo. "A decirlo todo, añade, probablemente el mismo Juan tuvo poca parte en esto; estamos tentados á veces á creer, que se emplearon notas preciosas, provenientes del apóstol, por sus discípulos. Es difícil, á tal distancia, obtener la solucion de todos estos problemas singulares. Sin pronunciarnos sobre la cuestien material acerca de la mano que trazó el cuarto Evangelio, é inclinándonos enteramente á creer, que por lo menos los discursos no son del hijo del Zebedeo, admitimos pues, que este es el Evangelio, segun Juan, en el mismo sentido que son el primero y el último Evangelio, segun Mateo y segun Márcos. 1"

¡Qué miserables tergiversaciones, y cómo dan fuerza á la confesion todos estos rodeos y efugios!

Por lo demás, á pesar del gran valor de credulidad que da M. Renan á los tres primeros Evangelios, á que llama sinópticos, no vacila, respecto de la narracion, en declarar superior á ellos el Evangelio de San Juan.

"Añadiré, dice, que en mi opinion, esta escuela de Juan (cuya cuna fué el cuarto Evangelio) sabia mejor las circunstancias exteriores de la vida del fundador, que el grupo cuyos recuerdos han constituido los Evangelios sinópticos. Ella tenia sobre la permanencia de Jesús en Jerusalén datos de que carecian los otros. 2 Todo el que escriba la vida de Jesús sin haber formado juicio sobre el valor de los Evangelios, y dejándose únicamente guiar por el sentimiento del asunto, se verá obligado en multitud de casos, á preferir la narracion de Juan á la de los sinópticos. 3"

Finalmente, M. Renan, concluye así sobre los cuatro Evangelios:

"Creo que estas esplicaciones serán suficientes, para que se vea, en la continuacion del relato, los motivos que me han determinado á preferir á tal ó cual de los cuatro guias que te-

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. XXXVI.

2 *Ibid.*, *ibid.*, p. XXXVII.

3 *Ibid.*, *ibid.*, p. XXXVI.

"nemos para la vida de Jesús. En suma, yo admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. Todos, á mi juicio, ascienden al primer siglo, y son próximamente ó poco mas ó menos [a peu pres] 1 de los autores á quienes se atribuyen?"

A esta confesion, la mas importante que haya hecho la incredulidad sobre la autenticidad y la credibilidad histórica de los Evangelios, desde que los puso en duda una ciencia falsa, añade M. Renan una confirmacion que le es enteramente personal y que no debemos despreciar.

"A la lectura de los testos, dice, he podido agregar una circunstancia de grande influencia para ilustrar este punto; la vista de los sitios en que pasaron los acontecimientos. Teniendo por objeto la mision científica que yo dirigí en 1860 y 1861, la esploracion de la antigua Fenicia, tuve que residir en las fronteras de Galilea, y que viajar por ella con frecuencia. A travésé en todas direcciones la provincia evangélica, Jerusalen, Hebron y la Samaria, no dejando de examinar casi ninguna localidad importante de la historia de Jesús. Toda esta historia que, á cierta distancia, parece flotar en las nubes de un mundo sin realidad, adquirió así un cuerpo, una solidez que me admiraron. La notable correlacion entre los testos y los lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de cuadro, fueron para mí como una relacion. Tuve á mi vista un quinto Evangelio, destrozado, pero legible aún, y vi para en adelante moverse y vivir al través de las narraciones de Mateo y de Márcos, en lugar de un ser abstracto, que parecia no haber existido jamás, una admirable figura humana. 3"

Tales son las confesiones que hace la incredulidad en el siglo diez y nueve; y tienen, en nuestro juicio, una influencia que no se ha apreciado bastante, al menos por los creyentes; porque la incredulidad se ha alarmado con ellas, y ahora veremos cuánta razon ha tenido, por la falsa situacion en que la ha colocado. Mas preocupados con lo que falta á estas confesiones que con lo que contienen, se ha atacado á M. Renan por sus reservas, sin tomar acta de sus declaraciones. Ha habido razon para ello, atendiendo á la verdad absoluta; y precisamente por haberse sentenciado definitivamente á M. Renan sobre este punto, es

1 Este poco mas ó menos causa risa á muchos.

2 *Vida de Jesús*, introduccion, p. XXXVII.

3 *Ibid.*, *ibid.*, p. LIII.

por lo que nos hallamos mas desembarazados respecto del de las confesiones. Pero en buena táctica, si se despreciaran estas, se perdería una ventaja cuyas consecuencias son decisivas en el debate. ¿Qué importa, por el momento, que juzgue M. Renan á San Mateo inferior ó sospechoso siquiera en la narracion, y á San Juan, en los discursos, si reconoce ser incomparable San Mateo en los discursos y San Juan en la narracion, y dignos de una *confianza extraordinaria*; si nos ofrece San Lucas un *terreno sólido* en un Evangelio en que se admira *la unidad mas perfecta, tomado de las fuentes mas antiguas*, y admirable por su inspiracion por *sus felices rasgos y relieves*; si San Marcos demuestra una claridad y *nitidez* todavía superior, que solo puede ser propia de un *testigo ocular que siguió evidentemente á Jesus, le contempló de muy cerca y conservó una viva imagen suya*; si finalmente, se oye al mismo Jesus en San Mateo, si se le ve en San Marcos, si se le toca en San Juan, en el mismo grado en que se le contempla en San Lucas, y si reciben además los cuatro Evangelios decididamente auténticos del primer siglo, *de la admirable correlacion entre los textos y los lugares*, una confirmacion palpable para el mismo M. Renan y que equivale á un *quinto Evangelio y como á una revelacion*?

No debemos ser sobrado exigentes en verdad. Deben permitirse á M. Renan *sus preferencias*, y puede dejársele escoger; por lo demás, á nosotros nos da algo de prueba y de verdad, y como la verdad es una, por poco que nos conceda, y nos conceda lo suficiente, queda prendido en ella.

Él mismo lo conoce, de tal suerte, que al mismo tiempo que hace estas confesiones, trata de librarse de ellas por medio de sus explicaciones.

Pero estas explicaciones son de tal naturaleza, que, lo mismo que sucede respecto de las profecias, solo testifican lo apurado de la situacion y solo sirven para agravarla.

II.

Y en primer lugar, como me veo obligado á repetir, porque este es el único resorte de toda la obra de M. Renan, aunque los Evangelios son auténticos y ofrecen mas garantías históricas que ningun otro relato, son en su concepto necesariamente legendarios, por el solo hecho de tratarse en ellos de milagros y de lo sobrenatural. La presuposicion de que es imposible el milagro, domina sobre toda razon de autenticidad y de credibili-

dad. La teoría violenta el hecho, el hecho que debería servir al menos para probar ó experimentar la teoría.

M. Renan, que conoce todo lo irracional de esta crítica, se defiende de ella diciendo: "Tratar de explicar estos relatos, ó "reducirlos á leyendas, no es mutilar los hechos á nombre de la "teoría, es partir de la observacion de los hechos." Y en apoyo de esta última asercion, sienta como un hecho, que no se ha verificado milagro alguno ante una reunion de hombres capaces, segun él, de justificar el carácter milagroso de un hecho, y que no ofreciendo bajo este concepto los milagros de lo pasado mas garantía que los milagros contemporáneos (lo cual es la cuestion) es probable que nos ofrecerian igualmente su parte ilusoria, si nos fuera posible examinar y criticar sus pormenores. "No es en nombre de tal ó cual filosofía, sino en nombre "de una esperiencia constante, como desterramos el milagro de "la historia" ¹ y por consiguiente de los Evangelios, á pesar de su autenticidad.

Reservándonos la cuestion del milagro para el capítulo siguiente, nos basta advertir, respecto de los Evangelios, que si no fuera en nombre de tal filosofía que aquí se disimula, pero que se ostenta sobrado en otros pasages, como M. Renan destierra el milagro de la historia, debería por lo menos oirse á la historia sobre la cuestion del milagro. No siendo esta una cuestion de principio, segun vosotros, sino de hecho, es trastornar los términos de toda investigacion seria, y decidir la cuestion por la cuestion misma, oponer el hecho al testimonio, en lugar de proceder del testimonio al hecho. Experimentad cuanto queráis el testimonio, bien sea en sí mismo, bien relativamente al hecho en cuestion, y si despues de esto reconocéis su autenticidad histórica y su veracidad moral, respetad su certidumbre, y soportad sus consecuencias, como respecto de todo testimonio experimentado. No hagais que ceda esta *certidumbre* á la *probabilidad* de una ilusion que ella escluye. De lo contrario, os colocais en la situacion radicalmente absurda de pretender que un testimonio que reconocéis como auténtico y verídico sea al mismo tiempo legendario y falso; de molestaros en dar explicaciones que habreis hecho previamente imposibles; y finalmente, de afirmar la verdad que queréis combatir, interesando en su certidumbre los mismos fundamentos de toda certidumbre histórica y los primeros elementos de la razon.

¹ *Vida de Jesus*, introduccion, p. I.-II.

Esto es, en efecto, lo que sucede al autor de la *Vida de Jesús*, y lo que requería de él el partido previamente concebido de su sistema.

Para no incurrir en contradicción, intenta primeramente sostenerse en el *próximamente*, en el *poco más ó menos*. ¿Son los Evangelios biografías verídicas? ¿Son leyendas ficticias? Ni uno ni otro, y lo uno y lo otro; ni sí ni no, y sí y no. “No son biografías á la manera de Suetonio, ni leyendas ficticias á la manera de Filóstrato; son... biografías legendarias.”¹ Sistema cómodo para la *adivinación y la conjetura*, que permite tomar y dejar lo que se quiere, y hacer por sí una biografía novelesca; pero sistema que se destruye por sus mismas ventajas y que deja á su autor entre dos alternativas, sin poder alzarse sobre ninguna.

¿Y cómo pueden ser legendarias estas biografías, tales como las han caracterizado las confesiones de M. Renan?

A esta pregunta responde M. Renan, primeramente, que “hay leyenda y leyenda.”² Y se apresura á poner los Evangelios canónicos á gran distancia de los evangelios apócrifos. “Estas composiciones, dice, hablando de los últimos, no deben considerarse en manera alguna bajo el mismo pié que los Evangelios canónicos. Son ampliaciones pueriles y desabridas que tienen por base los Evangelios canónicos, y no añaden á ellos nada que tenga precio alguno.”³

Pero ¿qué es en lo que no pueden considerarse los apócrifos de ningún modo, bajo el mismo pié que los canónicos? ¿Qué es lo que separa, pues, tanto á estos de aquellos, si no es precisamente su carácter profundamente histórico y antilegendario, su disposición enteramente biográfica, el austero desinterés de su toque, de su crítica, de su sobriedad de línea, que solo deja ver el dibujo sin color, la fidelidad sin emoción, el simple relato de los hechos y de los rasgos del Hombre-Dios, y si es lícito hablar así, su fotografía sin retoque? Considerando los Evangelios tan solo en sí mismos, independientemente de todo testimonio exterior, se hallan tan lejos de la leyenda, que es hasta desconocerlos, assimilarlos á biografías á la manera de Suetonio, y es necesario ver en ellos *informaciones verbales* incomparables de la Verdad misma que les inspiró.

¹ *Vida de Jesús*, introducción, p. XLIV.

² *Ibid.*, *ibid.*, introducción, p. XV.

³ *Ibid.*, *ibid.*, p. XLIII.

Esta manera, decíamos en nuestros *Estudios*, que solo pudo ser inspirada por la sinceridad y la convicción llevadas al más alto grado, da al Evangelio un aire de verdad sumamente notable. No puede menos de creerse aquello en que tan poco empeño se tiene de hacer creer, lo que se teme tan poco que no se crea. Esta falta completa de reflexiones y de ornatos, realza los hechos y les da un aspecto notable de rigurosa fidelidad; haciéndoles parecer más que una reproducción, algo de la realidad misma, como si los hechos mismos vinieran á imprimirse en este fondo de candor inalterable. Refiere una piadosa tradición, que cuando iba Jesús al suplicio, abrumado con el peso de su cruz, penetró por entre la turba encarnizada de sus verdugos una santa mujer, y acercándose á su persona, aplicó á su adorable rostro un lienzo blanco para enjugar el sudor y la sangre que de él goteaban; y que en recompensa de esta animosa compasión, se verificó un milagro quedando impresas las facciones de la augusta víctima en el lienzo consolador. De la misma manera puede decirse que el Evangelio nos reproduce los rasgos de la vida de Jesús; y él es para nosotros, en su cándida y verídica sencillez, como el velo de la Verónica.¹

Sin embargo, hé aquí cómo se verificó esto, según monsieur Renan.

“Lo indudable es que se escribió de muy temprano los discursos de Jesús en lengua armenia, y se escribió también de muy temprano sus acciones más notables.² Estos textos no se hallaban fijos y determinados dogmáticamente.³ Además de los Evangelios que han llegado hasta nosotros, hubo otros evangelios que pretendían representar las tradiciones de los testigos oculares.⁴ A estos escritos se daba poca importancia, y los que los conservaban, tales como Papias, preferían á ellos la tradición oral.⁵ Como se creía aún próximo el fin del mun-

¹ *Estudios*, t. IV, p. 154.

² Esto es en efecto indudable.

³ ¿De dónde saca esto M. Renan? ¿De dónde saca, por ejemplo, que no fueran fijos y determinados desde su primera redacción los textos de San Mateo y de San Marcos, y cómo reclama sobre este punto más que la fe que rehúsa al Evangelio?

⁴ Es posible; pero ¿qué importa contra los que han llegado hasta nosotros, y que se distinguieron desde un principio, como reconoce el mismo Strauss? Véase más adelante.

⁵ Papias es el maniqué de M. Renan, al que hace decir cuanto quiere. Este autor del *primer siglo*, á quien solo conocemos hoy por Eusebio, fué un investigador escrupuloso de las tradiciones apostólicas; el cual